

HEGEL COMO PIRRONISTA O EL COMIENZO DE LA CIENCIA FILOSÓFICA

Por: Klaus Vieweg

Universidad de Jena

Traducción: Carlos Emel Rendón

Universidad de Antioquia

Como resultado de su ocupación con el escepticismo, Hegel formuló a la filosofía dos exigencias fundamentales:

1. La filosofía debe hacerse inmune a las objeciones del escepticismo, debe ser capaz de oponer resistencia a las reclamaciones escépticas. De lo contrario, la pretensión del conocimiento, en el sentido de ganancia del saber, tiene que declararse en bancarrota. La *epoché* permanente se asemeja a un eterno beber agua en un cedazo, a una lotería sin sorteo.

2. Esta resistencia contra el procedimiento escéptico se logra sólo a través de una inmunización activa, a través de la inclusión de la *skepsis*. Además de Hegel, también Schlegel prefiere la estrategia de la *skepsis* inmanente, interna. Una defensa exitosa contra las objeciones escépticas sólo se logra cuando la auténtica sustancia escéptica es incorporada en el propio contexto a la manera de punto de transición necesario. Esta relevancia constitutiva de la *skepsis* es el desafío constante de la filosofía, dado que para ella el verdadero escepticismo es un eterno abogado del diablo, que siempre apunta con precisión al respectivo talón de Aquiles. Pero Mefistófeles, sin o por fuera de Fausto, es un camarada miserable, que no despierta ningún interés, las furias de la mera destrucción son desagradables y producen tedio y bostezo, de manera semejante a la guillotina, que sólo tiene un único compás.

Mencionaré aquí de paso dos observaciones de Hegel, correspondientes a la época temprana y a la época tardía: en el ensayo sobre el escepticismo, de la época de Jena,* Hegel expone la opinión según la cual “el escepticismo está íntimamente unido con toda

* Se trata del escrito aparecido en 1802 en el *Kritisches Journal der Philosophie: Verhältnis des Skeptizismus zur Philosophie. Darstellung seiner verschiedenen Modifikationen und Vergleichnung des neuesten mit dem alten*. (Versión castellana de Delmacio Negro Pavón: *Relación del escepticismo con la filosofía. Exposición de sus diversas modificaciones y comparación entre el contemporáneo y el antiguo*. Madrid: Aguilar, 1980. N del T).

verdadera filosofía”.¹ En un pasaje de las *Lecciones sobre historia de la filosofía* se afirma que la filosofía “lleva en ella misma lo negativo del escepticismo; éste por tanto no se contrapone a ella, ni existe fuera de ella, sino que es simplemente un momento suyo; pero de tal modo que la filosofía encierra dentro de sí lo negativo en su verdad, cosa que no hace el escepticismo”.²

En otro lugar me he expresado detalladamente sobre la cuestión relativa a la inclusión de los cinco tropos de Agripa,* argumentos centrales y principales armas de la antigua *skepsis* “pensante” (éstas pertenecen al pensamiento). Aquí se investigará una dimensión de la estrategia de inclusión de Hegel y, en particular, su tratamiento de la problemática en torno a la *skepsis* como **forma de vida y forma de pensamiento**, así como la referencia a las dos formas de la ataraxia escéptica.

La dimensión práctico-filosófica tiene una importancia significativa en el análisis hegeliano del escepticismo. Este aspecto, sin embargo, ha permanecido subvalorado en las investigaciones que se han llevado a cabo al respecto; el debate suele girar en torno al escepticismo sólo como problema teórico-filosófico, o como problema de teoría del conocimiento. Una de las perspectivas más importantes en lo que atañe al trato de Hegel con el escepticismo consiste en la referencia a la inseparabilidad de ambos momentos —la *skepsis* “teórica” y “práctica”—. Hans Friedrich Fulda ha exigido, con razón, que se muestre “lo que a los ojos de Hegel hace aparecer al escepticismo no sólo incompleto desde el punto de vista epistemológico, sino como posición ética deficiente, y lo que lo protege de los efectos de semejante orientación cuando se lo integra en el concepto de la filosofía especulativa”.³

Las presentes reflexiones parten del conocido pasaje de la *Enciclopedia de las ciencias filosóficas* sobre el concepto previo de la lógica: “La exigencia de un tal escepticismo consumado es la misma que pide que la ciencia parta de la duda universal, esto es, de una carencia total de presuposiciones. Esta exigencia se lleva a cabo propiamente en la decisión de **querer pensar con toda pureza**, decisión que lleva a cabo la libertad, la cual abstrae de todo y comprende su pura abstracción, es decir, la simplicidad del pensar”.

Es preciso señalar que los dos principios fundamentales del pirronismo: a) la libertad del querer como libertad del carácter y b) la libertad de la autoconciencia como libertad del pensamiento, representan puntos de transición necesarios en la posición hegeliana, y son consecutivos de su filosofar. Hegel diría “están superados”.

1 HEGEL, G.W.F. *Theorie Werke Ausgabe. Werke in zwanzig Bänden*. Frankfurt; Suhrkamp, 1986, Bd. 2, p. 227. (En adelante *Werke*, seguido del número del tomo y de la página, así: *Werke* 2, 227).

2 *Werke* 18, 359.

* *Cfr. supra*, p. 15s.

3 FULDA, H. F. *Einleitung. Fragen und Überlegungen zum Thema*, en : FULDA, H.; HORSTMANN, R.-P. *Skeptizismus und spekulatives Denken in der Philosophie Hegels*. Stuttgart: 1996, p. 24.

De lo que se trata en el pasaje anteriormente citado es de la cuestión relativa al pensamiento puro mismo, a la pura indeterminación, la pura reflexión del yo en sí, a la infinitud sin límites de la abstracción absoluta. Esta decisión de querer pensar con toda pureza alude a la ausencia de presuposiciones en el sentido de la exclusión de toda presuposición y de toda certeza inmediata, la renuncia a todas las suposiciones o dogmas carentes de fundamento. Los escépticos hablan del medicamento efectivo contra la enfermedad de la precipitación (*propedeia*). Dicha decisión va dirigida contra todo tipo de revelaciones y contra toda clase de fe como fundamento de la filosofía. En el sentido de la destrucción de todos los “pre-juicios”, tal decisión expresa “apertura” y “antifundamentalismo”. Es la decisión que funda para Hegel el **comienzo de la filosofía**.

Hegel y Pirrón

Con relación a la *skepsis* antigua de Pirrón, Hegel enfatiza su carácter *agogéico* (educativo),* se trata de la “educación para una forma de vida”; debe garantizarse la “libertad respecto de toda perturbación causada por lo aparentemente objetivo”. Tenemos aquí un ejemplo del procedimiento de la inclusión de la *skepsis*, en relación con la ambivalencia del pirronismo originario y con la asunción de “lo negativo en su verdad, cosa que no hace el escepticismo”. A Pirrón se le reconoce expresamente un filosofar “original”: la individualidad de su carácter es su filosofía misma. Su imperturbabilidad representa la ataraxia del sabio, el lado positivo consiste “exclusivamente en el carácter y en su perfecta indiferencia frente a la necesidad de la naturaleza”. En esta ataraxia ve Hegel expresada la indiferencia necesaria y original del filósofo, en otras palabras, la libertad de su querer y el abandono consciente de toda posición fija previa al examen, y, justamente, la decisión de querer pensar con toda pureza. Según Hegel, este momento del escepticismo “no es extraño a ninguna filosofía”; en la medida en que la filosofía de Pirrón “no era otra cosa que la libertad del carácter, ¿cómo habría de oponerse una filosofía a este escepticismo?” Todo filósofo debe poseer esta libertad del carácter como principio pirrónico fundamental, ello es un principio esencial de la filosofía moderna y asimismo de la literatura moderna.

Pero a esta luz sigue la sombra, la pureza de la forma de vida es sólo aparente, es sólo una ficción. El escéptico no puede mantenerse en esta negatividad pura, como no sea mediante la autodestrucción, lo que, sin embargo, muestra un no-poder-mantenerse-en-ello. El escéptico pasa por alto el resultado de su forma de vida, dado que, implícitamente, formula pretensiones de validez (en el sentido de la palabra empleada por Hegel, ya mencionada, de “educación”). Se cuenta de Pirrón cómo se comportaba, lo que hacía y lo que no hacía, y también se refiere de él todo lo contrario.

* En el sentido de ἀγωγή: dirección, educación, método (N del T).

Era inevitable que se “llegara a considerar a Pirrón como un dogmático”. Se pretendía perturbar a los escépticos cuando se les “replicaba”, con la “apariencia formal de una afirmación” —esto es, la pretensión de validez implícita en el actuar—, “que, si ellos dudaban de todo, al menos el actuar propio sería cierto”. En consecuencia, también la actividad implícita pasaba por ser un “dogmatizar”.

Sólo queda, aparentemente, la muda certeza de sí mismo; la suprema abstracción de esta abstracción absoluta es el egotismo absoluto,⁴ el egoísta, para quien todo es como una nada, mientras que él mismo quiere ser algo —según afirma Hegel en referencia a Aristóteles—

Lo que aquí se ataca es, simplemente, la forma del saber y se constata el carácter invencible de la subjetividad; quien desee ser escéptico en el sentido señalado, no podría ser vencido, no se podría —según Hegel—sacar a nadie de la nada.

No obstante, esta negatividad pura, como subjetividad pura, está hipotecada por partida doble: en primer lugar, a causa de la renuncia consciente a la argumentación, sólo contamos con **narraciones e historias** sobre Pirrón, las cuales deben considerarse como **símiles**. Hemos caído, de repente, en la esfera de las representaciones, en el reino de lo metafórico y lo literario, y abandonado, por ende, la esfera de la filosofía. Formulado de una manera radical cabría decir: el pirronismo temprano puede ser considerado como *skepsis* poético-literaria, presente en Pirrón en la forma de poesías satíricas. Todos los pirrónicos posteriores portan este modelo; son, en este respecto, literatos del tipo de Montaigne o Nietzsche.

En segundo lugar, las noticias contradictorias sobre Pirrón muestran que él, si bien de manera indiferente y acrítica, se atenía a lo dado, a lo que veía y escuchaba, a las costumbres vigentes. Las narraciones dicen pues algo diferente a lo que fueron sus hechos; su forma de vida estuvo signada por la inconsecuencia. Según Hegel, esta aceptación de lo dado era “el pequeño tributo establecido que se pagaba a la necesidad de un determinar objetivo”.⁵ El sometimiento sin una afirmación o una negación explícitas es una apariencia de neutralidad, una *apragmosyne* (apatía) filosófica, la cual va acompañada con la muerte de la razón pensante.

El escepticismo pensante

En el pirronismo posterior, considerado como escepticismo pensante y argumentativo, la subjetividad del carácter es reemplazada por una subjetividad del saber, que se dirige contra el saber; el pirronismo se convierte en una forma definitiva de pensamiento y de vida, la libertad del pensamiento agudo conduce asimismo a la ataraxia.

⁴ *Werke* 2, 301.

⁵ *Werke* 2, 224.

La libertad de la autoconciencia se logra a través del pensamiento argumentativo; la imperturbabilidad y serenidad de espíritu, como penetración en la simple igualdad consigo mismo, la simple autorreferencialidad, se adquiere mediante la razón discursiva y sólo puede alcanzarse por medio de esta razón. Hegel caracteriza expresamente este principio como “libertad de la razón”, como comienzo del “pensamiento puro”, como autodestrucción de todo lo finito, sencillamente como antidogmatismo, como crítica universal y fundamental de todas las formas existentes de filosofía. Esta negación de todos los presupuestos, de todos los juicios no sometidos a examen, la total ausencia de presuposiciones se “consume mediante la libertad que abstrae de todo y comprende sus puras abstracciones, es decir, la libertad del pensar”. Hegel describe en la *Enciclopedia* esta pura autorreferencia de manera fascinante: la filosofía “abandona todos los puntos de apoyo seguros, las intuiciones corrientes del mundo son puestas en duda”. La decisión de filosofar se arroja en el pensar puro, en un océano sin orillas, todos los colores variopintos, todos los puntos fijos desaparecen, todas las luces, que suelen sernos gratas se extinguen. A causa de la ausencia de toda luz exterior, el espíritu humano se ve acometido por el terror y el espanto. Ante el camino del cielo, el filósofo tiene ante sí el camino que conduce al infierno, al infierno de la desesperación, de la incertidumbre, de la vacilación de todas las posiciones, de una irresolución original. Si así quisiéramos, también podríamos designar a esto como “apertura”.

Esta decisión de “querer pensar con toda pureza”, es considerada por Hegel como la quintaesencia del escepticismo consumado, como resultado del proyecto del escepticismo que se consume a sí mismo de la *Fenomenología*. Este principio —yo lo he denominado el “principio de Sexto Empírico”—, tiene que ser un momento interno de toda filosofía; el escepticismo puede “ser considerado como el primer **estadio de la verdad**”, él representa sencillamente el comienzo del filosofar. En el capítulo de la *Ciencia de la lógica* conocido bajo el título: **¿Cuál debe ser el comienzo de la ciencia?** Hegel observa lo siguiente: “Pero, si no debe hacerse ninguna presuposición, y si el comienzo mismo ha de ser tomado como inmediato, entonces se determina sólo en cuanto debe ser el comienzo de la lógica, del pensamiento por sí. No existe ya entonces sino **la decisión**, que también quiere conceptuarse como arbitraria, de considerar **al pensamiento como tal**”.⁶ El “querer pensar con toda pureza” es, como credo pirrónico genuino, el comienzo de la filosofía, el comienzo como comienzo de la filosofía, según la formulación paradójica de Hegel.

Una primera dificultad de los pirronistas pensantes consiste en que ellos son inevitablemente inconsecuentes, puesto que ellos mismos incursionan en la esfera de la argumentación, elevan pretensiones de validez y las expresan lingüísticamente. La variante extrema de la negatividad se destruiría entonces a sí misma, la afirmación “no es posible ningún saber” se trueca inmediatamente en un principio dogmático. El solipsista, en tanto que egoísta pensante, es también, a todas luces, un dogmático.

6 Werke 5, 68.

Sexto Empírico intenta una salida a la contradicción consistente en la renuncia expresa a hacer afirmaciones y en la reducción al ominoso “instante” en la forma del Aquí y el Ahora. De acuerdo con Sexto Empírico, a todo principio le tendría que preceder o serle añadido el principio “según me parece”, y todo valdría sólo por un instante como un **Esto**.

De acuerdo con Hegel, esta posición, un querer mantenerse en la mera subjetividad y en la apariencia, deja de ser, justamente por ello, relevante para el saber: “quien quiere permanecer fijo en la vanidad de lo que le parece, de lo que opina, que no pretende hacer pasar sus pretensiones por algo objetivo, que, por tanto, no quiere comunicar o expresar argumentos, a ese tal se le debe dejar ahí”.

Este no es asunto de la filosofía, en el mejor de los casos se trata de una narración sobre una forma individual de vida, sobre la autodescripción de un yo. Una vez más esta abierto el camino a la literatura, los tropos e hipótesis escépticas son también, como se sabe, formas literarias y tienen una tradición retórica. Un mojón en este camino a la literatura lo constituye la *sk epsis* estético-poética de la modernidad, que va desde Montaigne a Nietzsche, pasando por Laurence Sterne.

Aquí sólo remito al credo de Montaigne: “Yo soy pues, el único contenido de mi libro”, y a su odio contra los argumentos, Theodor von Hippel, seguidor de Laurence Sterne y humorista preferido de Hegel, anotaba: “Escribo para mí, mantengo una conversación conmigo mismo para mi propio placer y displacer”.

Isosthenía y adiaforía (indiferencia). Igualdad-de-validez teórica y práctica

A la igualdad-de-validez teórica —la *isosthenía*— corresponde la *adiaforía*, la igualdad de validez práctica. El símbolo del escéptico es el *adiáforos** (indiferente), el que aspira a la imperturbabilidad, la impasibilidad y la serenidad de espíritu, el no-comprometido que aprecia la “serenidad de corazón”. No tiene temor alguno a los horrores del mundo objetivo, pues el mundo ha llegado a serle indiferente; en ello se muestra la ambivalencia de la igualdad-de-validez escéptica.

El antiguo escepticismo doctrinal es para Hegel la filosofía de la *Gleich-gültigkeit* en el doble sentido de la palabra.** El espíritu se eleva al puro pensamiento, a la libertad de la autoconciencia, a la indiferencia respecto a todo tipo de objetividad, “el espíritu se

* Sustantivo negativo de διάφορον: diferencia, interés. En este sentido el escéptico, en tanto que *adiáforos*, es el indiferente, el desinteresado (N del T).

** Es decir, como *Gleich-gültigkeit*: igualdad de validez, y como *Gleichgültigkeit*: indiferencia (N del T).

vuelve en sí mismo indiferente contra todo lo que la realidad ofrece”,⁷ indiferente frente al “terror del mundo objetivo”.⁸

La dimensión práctico-filosófica contiene, por un lado, una nueva cualidad de la subjetividad: en el marco del derecho romano, la aceptación de los singulares como personas, como de igual-valor (*Gleich-Gültige*); y, por otra parte, la “destrucción de la polis”, la disolución de la comunidad viviente en la atomización de las personas privadas, que son indiferentes entre sí y a quienes el destino de la comunidad les es indiferente (indiferencia y falta de interés por el otro). Los individuos deben resignarse ante este *fatum*, pues la subjetividad particular, en la figura del emperador, se ha convertido en la realidad desmesurada del puro arbitrio. A los individuos abstractos carentes de derecho político se contraponen la dominación abstracta, omnipotente del emperador.⁹ La imperturbabilidad del escepticismo **hace de la falta de finalidad la finalidad del querer**; los resultados son: suspensión del juicio, falta de compromiso, arbitrariedad. Los individuos son singularidades para sí, el reconocimiento mutuo de su particularidad no representa un verdadero reconocimiento. Las determinaciones jurídicas y éticas se convierten en algo contingente, yacen en la arbitrariedad del singular que determina de manera contingente.

Hegel presenta el mundo romano tardío como un mundo de la abstracción, en el cual el carácter viviente de la polis griega se hunde en la fría negatividad del poder, la comunidad se atomiza en las personas privadas.¹⁰ Al yo estoico o escéptico sólo le queda la huida hacia “los lugares tranquilos y sagrados del espíritu” (F. Schiller). El escéptico vive en la **soledad** inmovible de su pensamiento, en la **muda certeza de sí mismo**, y, al mismo tiempo, en la pasividad frente a lo público y lo político. En relación con Hegel podría hablarse, con motivo del carácter trágico de esta escisión, de una conciencia feliz y al propio tiempo, desventurada. El saber del escéptico, caracterizado por la agudeza y la sutileza, representa el progreso de la autoconciencia humana, pero semeja un juego carente de interés y finalidad, que queda siempre indeciso.

En la descripción del rostro doble de Jano de la posterior visión romana del mundo, del pensamiento libre y “antirrepublicano”, se encuentran reunidas importantes facetas de la posterior crítica al escepticismo. También aquí pudo Hegel haberse servido de las sugerencias de Edward Gibbon, quien habla de la “libertad intelectual” del escéptico como de “almas ávidas de investigación” y de la “fría indiferencia de la filosofía”.¹¹

7 *Werke* 12, 385; 19, 401.

8 *Werke* 1, 215.

9 *Werke* 12, 380-385. La referida escisión entre la atomización y total dominación es considerada también por Hegel como consecuencia última de la concepción fichteana.

10 La descripción del despotismo del mundo romano tardío que se encuentra en la obra de Edward Gibbon *The History of the Decline and the Fall of the Roman Empire*, juega un papel importante para la construcción de la imagen hegeliana de la Roma imperial (imagen que comporta caracteres histórico-filosóficos).

11 *Ibidem*, p. 60, 216, 59.

La aceptación de la inconsecuencia de Epicuro o de todo aquel que hace de la felicidad el principio de su sistema moral, no dejaría, en sentido estricto, lugar alguno para una diferencia entre justicia e injusticia, virtud e inmoralidad.

El rechazo de Hegel a las implicaciones práctico-filosóficas de la *skepsis* es comprensible: la indiferencia y el distanciamiento de la polis son lo contrario de la virtud republicana del ciudadano, la cual aspira a la valoración activa de los asuntos de la comunidad, a la obediencia a las leyes que ella se ha dado a sí misma y ha acordado. El escéptico semeja una esfinge, representa la libertad de espíritu, la subjetividad autoconsciente y, al mismo tiempo, se comporta de manera acrítica frente a las costumbres vigentes y la respectiva constitución política.

En este contexto, resulta interesante arrojar una mirada a los así llamados nuevos escépticos que aparecen alrededor de 1800, pues es justamente en esta perspectiva práctico-filosófica donde se puede mostrar que estos pensadores abandonaron los verdaderos principios del pirronismo y representaron un dogmatismo del sentido común. Hegel dio gran importancia a este desenmascaramiento.

El “carácter inofensivo del nuevo escepticismo”

Kirsten, el seguidor jenense de Schulze, escribe en 1802: “Dado que nuestro escepticismo hace valer lo que está contenido en la conciencia y se funda sobre los hechos de la conciencia, la sospecha que recae sobre él, el saber que hace vacilar los fundamentos de la moralidad, carece de fundamento”.

En relación con ello quisiera formular la siguiente tesis de Friedrich Schlegel y demostrarla con argumentos hegelianos. “Si los aislados OO (los escépticos) afirman que su OO (la *skepsis*) no afecta para nada la praxis, entonces están equivocados; esto no es cierto ni puede serlo. Ello provoca necesariamente indiferencia y paraliza la actividad”.

Se suele hablar mal del escepticismo; según Kirsten se lo hace “sospechoso de ser enemigo del orden establecido en una constitución política a través del derecho, la moral y la religión” (Kirsten 26). Sin embargo, en su nueva figura, él sería precisamente el salvador de la razón, él la liberaría de los errores en los que ella ha caído por causa de su juego vacío con conceptos. El escepticismo desenmascara la filosofía especulativa como una ciencia aparente, semejante a la astrología y la mística, y rescata “**al espíritu de la investigación de las vacuas cavilaciones**”. Completamente infundada es la sospecha de que la nueva doctrina “hace vacilar los fundamentos de la moralidad” (Kirsten 31). En el párrafo 57 suministra el seguidor de Schulze un singular ejemplo de la nueva forma de pensar escéptica: “Hay, pues (el giro preferido de los escépticos cuando quieren fundamentar algo), según las aspiraciones de la conciencia, ciertos fines para nuestra voluntad (qué feliz sería saber algo más acerca de estos “fines existentes”), a cuyo conocimiento va unido un deber ser (*sollen*) y fundamentan los conceptos del derecho y el deber” (Kirsten 31).

De acuerdo con Kirsten, el escéptico no discutiría esto en manera alguna; y éste no pondría en duda la obligación moral, sino que “favorecería” por completo la moralidad. Esta última va unida “usualmente” con la creencia religiosa. Ahora bien, el nuevo escepticismo, ciertamente, pone en duda la posibilidad de conocer aquellas cosas “que se encuentran fuera de la conciencia; no obstante, él no es en absoluto perjudicial para la fe religiosa, porque la fe renuncia a las pretensiones de una ciencia” (Kirsten 33). Es evidente la semejanza que existe entre esta *skepsis* de la absolutez y la de Jacobi.

Tanto en el caso de Kirsten como en el de Schulze, no es posible identificar aquí un potencial auténticamente escéptico, sino sólo una nueva versión de la certeza inmediata. El escéptico moderno no tiene razón para temer a todo aquello, renuncia a un **conocimiento pensante** del absoluto, esto es, a la superstición, el ocultismo, la ensoñación y visionismo espiritual. Por el contrario: el supuestamente escéptico legítima indirectamente esta tendencia. Las nuevas doctrinas escépticas conservan el presupuesto de los fines innatos, de las “convicciones naturales” —tal la traducción que hace Schulze de “fe”— y la tesis según la cual la verdad yace en la temporalidad. En 1805, Schulze, de manera abierta, da una explicación acerca de las “convicciones naturales”: puesto que el hombre tiene que decidir inevitablemente entre lo verdadero y lo aparente, lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, y para que en este particular no lo engañen los fantasmas o las ilusiones de los artificios dialécticos, existe en cada “individuo” una “voz incomprensible de su naturaleza”, una voz en la que él cree, en la que tiene una **confianza** inexplicable y que determina su actuar (es evidente lo tomado de Thomas Reid y Jacobi).

El escéptico moderno cuida que la voz natural, la cual hace manifiesto lo verdaderamente bueno, sea mejor percibida y sopesada en forma más exacta. Él conduce al hombre a su patria y éste se convierte de nuevo, como todo arte perfecto, en naturaleza, y en este naturalismo renuncia realmente a todo lo espiritual.

Tras semejantes artificios dogmáticos se dice qué clase de contenido es el que transmite la voz natural. Se trata siempre de aquel contenido que han coronado el **tiempo** y la **mayoría de los hombres**, esto es, lo válido aquí y ahora, lo finito puesto como absoluto. La moda y las convenciones son afirmadas **incondicionalmente**, se exige la sumisión consciente ante lo existente en el momento. Hegel confronta esta actitud con el comportamiento pirronista, que se caracteriza por la imperturbabilidad frente a todo lo finito, por la indiferencia frente a la necesidad de la naturaleza, por el hacer-vacilar todas las limitaciones temporales. En el pirronismo, en tanto *skepsis* auténtica, se articula la libertad del pensamiento, la razón libre que se eleva sobre esta “necesidad”. Toda verdadera filosofía debe llevar en sí el impulso hacia esta ataraxia, la independencia respecto del aquí y el ahora, respecto de la acumulación de los así llamados hechos o “datos”. Con esta libertad del carácter se evita aquel dogmatismo vulgar, propio “del poder de las costumbres y leyes particulares” y que, al adquirir un saber racional acerca de este estado, sólo “se hunde cada vez más profundamente en el servicio a aquel poder”.¹² El auténtico pirronista

12 *Werke* 2, 241.

—y todo verdadero filósofo ha de ser pirronista en este sentido— eleva todo el ámbito de la realidad y la certeza supuestas a la potencia de la incertidumbre. A toda filosofía debe serle immanente esta *skepsis* en sentido práctico, “todas las trabas del mundo ético y, por tanto, todo los falsos apoyos para estar en este mundo”,¹³ tienen que ser echados a tierra por el filósofo.

Skepsis significa resistencia contra todo dogmatismo, protesta permanente contra promesas proféticas, contra revelaciones y quimeras ideológicas. No obstante —y esta es la otra cara de la moneda— la suspensión por principio del juicio exige irresolución e indiferencia.

Frente a la preferencia inconsciente de lo dado, en Schulze y Kirsten encontramos el arrodillamiento consciente frente a lo existente, considerado por ellos, *sin examen*, como lo verdadero y lo bueno. La conversión de esta *pseudo-skepsis* en dogmatismo se hace aquí manifiesta. El mantenerse-en-la-interioridad (*Inne-Halten*) conlleva la afirmación de lo existente, el recogimiento en el interior y la aceptación del estado de cosas existentes. Se da por ello un contentarse con la fría desesperación, la cual admite que, si bien en esta temporalidad todo puede marchar mal o a lo sumo mediocrementemente, se trata, sin embargo, de no tener en ésta lo mejor y de estar en paz con la realidad.¹⁴

Pero, ¿había en el mundo antiguo del despotismo ocasión alguna para una participación racional en la vida pública? De acuerdo con Hardimon, “*given the historical circumstances of the Roman World, this way (in die Innerlichkeit) was the only kind of freedom and reconciliation available* [dadas las circunstancias históricas del mundo romano, esta vía (hacia la interioridad) era la única clase de libertad y reconciliación posibles]”.¹⁵ Salta a la vista la doble faz de esta *skepsis*. La trágica oposición que se cumple en los extremos de lo individual y lo público no puede encontrar solución alguna en el mundo romano; el conflicto entre Antígona y Creonte (ambos representan un principio justo) no puede solucionarse sin la aniquilación de ambas partes. La tragedia en la vida del escéptico romano consiste en la oposición entre su distancia interna respecto del poder y la resignación ante el del despotismo. El conflicto radical entre los principios de la acción, lo *public and private*, igualmente justificados en su oposición, sólo se soluciona con la muerte. Sin embargo, esta no es la solución, pues la mera aniquilación no posibilita el reconocimiento mutuo de los dos principios, válidos en la misma medida, pero con todo unilaterales.

Aquí se hace manifiesto, una vez más, el modelo escéptico fundamental de la igualdad-de- validez: la *isosthenia* como “tragedia” teórica y la *adialforia* como “tragedia”

13 HEGEL, G.W.F. *Fragments aus Vorlesungsmanuskripten (1803). Das Wesen des Geistes*, en: *Gesammelte Werke*. In Verbindung mit der Deutschen Forschung Gemeinschaft, herausgegeben von der Nordrhein-Westfälischen Akademie der Wissenschaften (en adelante *GW*), Bd. V, p. 270.

14 *Werke* 7, 27.

15 HARDIMON, M. O. *Skepticism, Speculation and Guidance: Hegel on the Pyrrhonian Guide to Action*, en: FULDA, H; HORTSMANN, R.-P. *Op. cit.*, p. 273.

práctica.¹⁶ Según F. Schlegel, los pirronistas separaban de manera radical la teoría de la praxis y declaraban la resignación “práctica” como virtud.

Sin embargo, desde la perspectiva del mundo moderno, lo que aparece como el punto esencial no es el “triumfo de la muerte”, sino el “triumfo de lo verdadero”, el conocimiento de la igual justificación de ambas partes, las cuales tienen que ser superadas en su misma unilateralidad (aquí la individualidad meramente subjetiva —Antígona— y allí el Estado sustancial —Creonte—). Con ello se hace visible también el modelo de la superación teórica de la *isosthenia*. Deben superarse las “unilateralidades” de los conceptos hasta ahora válidos de lo finito (la diferencia) y de lo infinito (la identidad). De acuerdo con Hegel, en la esfera “práctica” es necesario que todos los hombres se reconozcan mutuamente como libres, que se constituya una comunidad que posibilite y garantice la libertad subjetiva de los individuos particulares. La libertad de la autoconciencia, la libertad de la subjetividad, que tuvo en el escepticismo antiguo uno de sus primeros destellos, es el principio del mundo moderno.¹⁷ Una de las tareas de la filosofía moderna consiste en concebir una teoría en la que se ponga de manifiesto la posibilidad de la consecución de la libertad subjetiva en una comunidad moderna. La *Filosofía del derecho* de Hegel puede leerse como un proyecto semejante; en el párrafo 5 se encuentra superado el impulso pirrónico fundamental como principio fundamental de la voluntad. La filosofía no puede permanecer en un autoreflejarse apartado del mundo (autoreflejarse que, no obstante, es necesario); se puede “aprender a vivir” de y a través de la filosofía.¹⁸

A diferencia de los pseudo-escépticos, que afirman lo existente, la filosofía escéptico-especulativa de tipo hegeliana “hace despertar la figura todavía soñolienta de un mundo ético y entabla valerosamente una lucha escéptica con las antiguas formas del espíritu del mundo”.¹⁹

Cuán lamentable era, por el contrario, la figura resultante de los pseudo-escépticos modernos, se muestra en Schulze, según el cual, la orientación en la vida se logra a través de la percepción de la “voz misteriosa de la naturaleza”, en la cual hay que confiar ciegamente, pero cuyo secreto permanece, sin embargo, oculto. En el *common sense* labora un Dios bueno; en cambio, la duda impertinente, perjudica la moral y la religión existentes. En

16 El escepticismo “pertenece a la decadencia de la filosofía y del mundo” (*Werke* 19, 398).

17 El Renacimiento, el comienzo propiamente dicho del mundo moderno, estuvo acompañado por una coyuntura en la recepción de Platón y Sexto Empírico. El debate en torno a los pensadores escépticos marcó a fondo la etapa de nacimiento de la filosofía europea moderna; esto lo demuestran particularmente los estudios de Popkin, (entre otros: POPKIN, R. H. *The History of Scepticism from Erasmus to Spinoza*. Berkeley, 1979).

18 BAUM, M; MEIST, K. *Durch die Philosophie leben lernen. Hegels Konzeption der Philosophie nach den neu aufgefundenen Jenaer Manuskripten*, en: *Hegel-Studien* 12, 1977, p. 43-81.

19 HEGEL, G.W.F. *Logica et metaphysica. Dass die Philosophie*, en: *GW* V, 270.

consecuencia, de manera semejante a lo que sucede en Thomas Reid, todo lo existente puede ser justificado. Toda negatividad, todo examen crítico de los presupuestos y todos los ataques a la supuesta autoridad quedan excluidos. No queda más que un fantasma achacoso, que simboliza la propia muerte de la filosofía crítico-especulativa.

Lo que M. Hardimon considera ser el *desideratum* de las investigaciones sobre la interpretación hegeliana de la *speksis* antigua, a saber, el que ellas se concentran en “*issues of epistemology*”,* vale también en lo que respecta a la ocupación con la crítica a los escépticos modernos: es justamente en el terreno de la filosofía práctica donde se hace evidente el punto flaco de los *schulzeanos*. Es poco lo que se puede encontrar allí de *skepsis* auténtica. A diferencia de la ironía romántica, a diferencia de críticos finos y agudos del tipo de Schlegel, quienes con fino sentido y luminosa fuerza imaginativa cuestionaron y atacaron todo lo convencional (para afirmar posteriormente también toda clase de moda), encontramos en los nuevos escépticos (como Schulze) el fantasma escuálido del dogmatismo.

* En inglés en el original: “cuestiones epistemológicas” (N del T).

Hegel como pirronista o el comienzo de la ciencia filosófica

Resumen. *Según Hegel, la filosofía tiene que hacerse inmune contra las objeciones escépticas de la isosthenia. Esto sólo se logra mediante la inclusión del escepticismo auténtico. Dos momentos caracterizan el pirronismo originario como escepticismo radical o universal: la libertad del carácter y la libertad del pensamiento. La estrategia hegeliana de la inclusión o superación se refiere a la skepsis como forma de vida y de pensamiento. La negatividad escéptica tendría entonces que ser instaurada en el propio pensamiento. Se tendría que llevar a cabo la integración tanto en la perspectiva epistémica como en la práctico-ética, lo cual implica la superación de las debilidades de las dos partes del pirronismo. El legado pirrónico en el pensamiento de Hegel se muestra particularmente en la comprensión hegeliana del comienzo de la filosofía, en la decisión de "querer pensar con toda pureza".*

Palabras clave: isosthenia, carácter, pensamiento, libertad, negatividad, Hegel.

Hegel as Pyrrhonist or the Dawn of Philosophical Science

Summary. *Hegel maintains that Philosophy needs to become invulnerable to the Skeptic objections from isosthenia. This is achievable only by comprehending the authentic Skepticism. Two steps render the first Pyrrhonism radical and universal –Freedom of the Character and Freedom of the Thought. Hegel's strategy consists in including or overcoming the Skepticism into a way of life and thought. Therefore, a Skeptic negativity must also be assumed. An incorporation of such negative Skepticism is to be done both in the epistemic and the practical-ethical level. As a result, the weaknesses of Pyrrhonism are overcome. The Pyrrhonic legacy in Hegel's ideas is evident especially in the way he sees the beginning of philosophy, i. e., the decision to "think with all wholesomeness".*

Key Words: Isosthenia, Character, Thought, Freedom, Negativism.